

cir, entre los militares poco apegados al estudio, que el fuego de la infantería no representa sino una proporción mínima; que sobre mil quinientas balas, apenas una alcanza al enemigo; que ha habido campaña en que cada adversario muerto costó el equivalente de su peso en plomo, y otras tantas vulgaridades de este género, que á fuerza de repetirse y propagarse han entibiado el celo de los instructores, haciendo que estos contemplan como un mal incurable la poca destreza de sus soldados, sin considerar que ella se debe principalmente á la negligencia y á los vicios de la instruccion.

Nos proponemos, pues, demostrar con toda claridad las diversas causas contrarias á la enseñanza de las tropas, indicando los medios susceptibles de remediar el mal, á fin de destruir las dudas y desvanecer todas las objeciones, atrayendo la atención de los militares inteligentes hácia la importante cuestion del tiro del fusil, ó carabina de ordenanza.

Nadie podrá negar, que el principal cuidado de un buen tirador consiste en economizar sus municiones, y esperar el momento favorable para aprovechar su tiro, mientras que un novicio, aturdido ó ignorante, prodiga su fuego indiscretamente, sin tomar en cuenta las consecuencias. Nadie negará tampoco, que el valor del fuego de la infantería, como efecto moral, no es el mismo entre el que lo envía y el que lo recibe. Créese, pues, durante el combate, no tanto en su potencia positiva, como en esa impresion moral que debe producir en las filas enemigas; por eso es que frecuentemente se observa, como el espíritu del soldado disminuye en proporción de las municiones que consume y de los pocos cartuchos que le restan en la cartuchera.

Hay que tener presente, por lo tanto, que la moral de una tropa, naturalmente, es tanto mas sólida, tanto mas

segura, cuánto mayor es la confianza que el soldado posee en sus medios de defensa; por poderoso que sea su valor individual, importa mucho inspirarle la fé de su destreza en el manejo y las condiciones de su arma.

Si el fuego de la infantería tiene una importancia inmensa, por su efecto moral, cuando el material se reduce á utilizar una sola bala entre quinientas, júzguese cual tendría que ser la potencia de la infantería, si se lograra aumentar el segundo, y de lo que sería capaz una tropa que supiera asociar su destreza en el tiro de fusil á estas tres valiosas condiciones que debe llevar á la guerra: *la fé, el valor y la inteligencia.*

Comparando los débiles resultados del tiro, con los años de servicio que el soldado tiene que pasar bajo las banderas, razon hay, hasta cierto punto, para mostrarse sorprendido, ó dudoso cuando ménos; pero esto proviene de que en la cuestion del tiro no se ha llegado todavía á un exámen razonado, pues que sin salir de una discusion vaga y superficial, obsérvase que unos censuran la práctica, otros la teoría y ámbos á la vez el que los ejercicios no conduzcan realmente á este importante resultado: *poner en un solo objeto todas las balas que se disparen*; pocos son, sin embargo, los que se ocupan de los medios mas adecuados para lograrlo, contentándose con repetir: *háganse frecuentes ejercicios de fuego.* ¿Y qué es lo que produce esta práctica en los regimientos de infantería y caballería? Difícil sería dar una respuesta satisfactoria.

En Europa, para esos ejercicios, los gobiernos provéen 60 cartuchos, unos, y 80 otros, por plaza de infantería, lo cual da la enorme cifra de quince millones en un ejército de 250,000 hombres; pero con el actual sistema de instruccion, mayor sería aún ese gasto, sin arribar al fin esencial de dar á las tropas una instruccion sólida y po-

sitiva en el tiro. Una destreza verdadera no puede ser sino el fruto de una práctica prolongada, y, sobre todo, de un hábito constante en los hombres que, en su mayor parte, han llegado á la edad de veinte años, sin haber nunca disparado una arma.

Los corsos, los tiroleses, y todos los que, en fin, se citan como prodigios de destreza en el tiro, verdad es que la poseen, debido á que desde su temprana edad se habitúan al manejo del arma de fuego, añadiendo á ese prolongada é incesante ejercicio ciertas teorías tradicionales, y las lecciones prácticas de los ancianos. Para instruir á un hombre de veinte años la dificultad no deja de ser grande; preciso es ejercitarlo frecuentemente, que las rectificaciones continuas y bien comprendidas hagan provechosas al siguiente día los ejercicios de la víspera. Es necesario, en una palabra, que el hombre adquiera con el hábito lo que no le es dado con la expedición; pero entónces el consumo de municiones sería tal, que, sin duda, haría retroceder al instructor mas ardiente, animado de la mas intrépida voluntad.

Para obviar esta gran dificultad es indispensable, pues, describir el medio de habituar á los soldados á emplear la ménor cantidad posible de municiones. Aunque la asercion parezca extraña, es indudable que los ejercicios de fuego no son de una necesidad absoluta para formar tiradores diestros. Y no tememos asegurar, que, en muchos casos, y sobre todo tomada en cuenta la débil proporcion de esos ejercicios, tal como se practican hoy por los diferentes cuerpos de ejército, ellos son contrarios á la instruccion y al progreso de la enseñanza.

En efecto, en el tiro con bala, las rectificaciones mas útiles é indispensables para formar un hábil tirador, son del todo difíciles é impracticables; es decir, todas aquellas que se refieren á los diversos movimientos particula-

res de las manos y del cuerpo del hombre, durante la accion del tiro.

Los hombres llegados á la edad cumplida de veinte años, que comienzan la instruccion del tiro, no deberían tomar parte en los ejercicios de fuego ántes de bien ejercitados individualmente por el instructor, y de enseñados á rectificar por sí mismos las faltas que cometan al tirar. Es indispensable que el hábito enseñe al soldado á mantener su cuerpo y su arma inmóviles en el momento de soltar el fiador, á cuyo interesante resultado solo puede llegarse á fuerza de rectificaciones y de la costumbre de apuntar y oprimir gradualmente el llamador.

Si esto se practica de distinto modo, tal como se observa hoy, por falta de un medio eficaz de rectificacion durante la accion del tiro, sobreviene una multitud de errores perjudiciales al objeto de los ejercicios de fuego, los cuales contienen, mas ó ménos, los progresos de la instruccion, segun los vicios que contraen los soldados durante el curso de la práctica del tiro.

La teoría actual da, verdad es, los diversos modos de apuntar, herir el objeto y soltar el fiador; pero ella no ofrece al instructor ningun medio para asegurarse de una manera evidente, si el soldado, en efecto, llena todas esas condiciones requeridas por la regla, para no desviar la direccion del arma.

En este estado, poco mas ó ménos, sin la enseñanza prévia de la rectificacion, el soldado es declarado apto para disparar con bala, y llegado ese momento apunta y hace fuego, creyendo naturalmente que lo hace bien, por que observa al pié de la letra lo que se le ha enseñado. Pero se le advierte que su tiro se ha inclinado á la izquierda: repite el fuego, las mismas causas producen los mismo efectos; renuévanse las observaciones que acaban de hacerse, en esta vez el hombre reflexiona á su

manera, apunta mas á la derecha, la bala toca demasiado abajo, se le hace fijar su atencion en ese error, entónces, por último, eleva la puntería.

No pudiendo darse cuenta de las irregularidades que se le han hecho remarcar, pues que no se le ha habituado á ello, y cuando la explosion y el humo le impiden, en esos momentos, apercibir las, no puede ménos que formarse ideas y principios falsos acerca del tiro de su arma, atribuyendo á la explosion el desvío de la bala, ó al retroceso, antigua preocupacion que aún subsiste en muchas gentes (\*), y concluye por creer que su arma es mala y que tiene la propiedad de inclinarse á la derecha, ó á la izquierda, arriba, ó abajo.

Extraviado por una práctica viciosa, que no puede confirmar la teoría, el jóven soldado acude á los consejos de sus camaradas, y entónces sucede sin remedio lo que se vé hoy en casi todos los regimientos, á pesar de cuánto se trata de enseñarles, y de las reglas de la teoría, es decir: que apuntan á su manera, segun el propio juicio que han formado de sus armas, y eso sin que siquiera lo adviertan los jefes que vigilan los ejercicios del tiro. Entónces es cuando ya no hay recurso capaz de inculcar á esos hombres los verdaderos principios; ni posibilidad de hacerles conocer su error.

Resulta, pues, de los ejercicios de fuego, tal como se observan hoy, un gran mal para la instruccion de la tropa, y el mas grande obstáculo á su progreso; pues no pudiendo conocer, ni rectificar los defectos con la pro-

(\*) En el año 1839 ocurrió un duelo, en que los testigos aplicaron una carga excesiva á las pistolas, con la mira de desviar el tiro; pero no lograron mas que aumentar el impulso de los proyectiles, de modo que á 40 pasos uno de los combatientes cayó muerto. El único medio de asegurar la direccion de la bala, consiste en disminuir su potencia, aplicando al arma una carga corta, y sobre esta un proyectil de diverso calibre atacando con fuerza ese conjunto irregular.

longacion de dichos ejercicios, á la vez que la economía requiere poner un término; no pudiendo tampoco explicarse los efectos tan extraños marcados en la placa del blanco, efectos inevitables, á pesar de todos los esfuerzos, los soldados concluyen por perder la fé en su arma y al mismo tiempo en la teoría y en el instructor. Esto es tan cierto, cuanto que los mismos soldados lo confiesan, cuando á fuerza de práctica y de constancia llegan por fin á perfeccionarse como tiradores. Los ejercicios de fuego, tal como la teoría los aconseja actualmente, son insuficientes para formar un tirador diestro. Si algunos soldados, tal cual vez, llegan á tocar la placa, ello es debido á la casualidad, y lo prueba su falta de confianza y seguridad al apuntar de nuevo.

Por lo demás, en la hipótesis de que lograran aprender á tirar bien en fuerza de frecuentes ejercicios, su instruccion y sus progresos no los deberían á ellos, sino á su propio entendimiento en la rectificacion, al hábito de mantener inmóviles el cuerpo y las manos al soltar el fiador, conservando el cañon del fusil, por consecuencia, en la direccion exacta del blanco, llegado el momento preciso de partir el tiro.

Tales son las verdaderas bases de la destreza en el fuego, puesto que el retroceso y la explosion influyen casi nada en la precision, á causa de la rapidez con que se despide el proyectil. Cuando se coloca el cañon de un fusil en la direccion de un blanco, suspendido de manera que el retroceso y la explosion puedan agitarlo fácilmente, no por eso la bala deja de llegar al punto preciso al cual se ha apuntado la boca del arma. El fusil no tiene, pues, por la accion de la pólvora, un movimiento propio que lo desvíe de su direccion.

Una vez salido el tiro, no hay poder que baste á cambiar la direccion de la bala; por tal motivo los errores del

tiro no pueden provenir mas que de los movimientos particulares del hombre, los cuales forzosamente preceden á la explosion.

Cuando el soldado no ha tirado aún por la primera vez, natural es que al disparar sienta una especie de aprehension, que no deja de influir en sus movimientos al soltar el fiador, con perjuicio de la precision; pero ese temor es de poca duracion y es preciso combatirlo diestramente desde sus principios. ¿Cuál es el hombre que se intimida al empuñar una arma, despues de tres tiros consecutivos sin haber experimentado el menor daño, y sin que el retroceso le haya golpeado, ó herido el rostro? ¿no se ve á las mujeres y á los niños habituarse en breve tiempo al estruendo y al disparo mismo de las armas de fuego?

Concluyamos: pues que el retroceso y la explosion nada pueden, en general, contra la precision del tiro; pues que se ha probado que la causa del error precede siempre al disparo, razon hay para afirmar que convendría suprimir, en gran parte, los ejercicios de fuego, pudiendo asegurarse que la falta de ellos no sería la causa de la poca destreza del soldado.

Debiendo los instructores, por lo tanto, fijar su atencion, casi exclusivamente en los movimientos particulares del soldado, ántes y al soltar el fiador, la inteligencia debe ilustrarse, en consecuencia, sobre la necesidad de una nueva teoría mas aplicable á la práctica del tiro. Sin embargo, si se admite que el atraso del soldado en los ejercicios, proviene absolutamente del arma, y no de la falta del hábito, ó de la errónea manera de ejercitarse, convendría suspenderlos hasta la adopcion de un modelo de los mas experimentados en nuestros dias; vale mas cortar la instruccion por un cierto tiempo, que ma-

tar en el soldado la fé en su arma, mostrándole la práctica en contradiccion con la teoría.

Parece que en la fabricacion de las armas de ordenanza se tiene en poco el darles la rigurosa precision que debieran tener: diríase que han sido hechas para disparar solamente sobre las enormes moles de las columnas en masa. Se olvida demasiado que la fé del soldado en su arma duplica su valor y su energía en muchos casos, y que esa fé reposa en la precision y las buenas condiciones del fusil.

Obsérvese una arma cualquiera, fusil ó pistola, que no sea de guerra, y se verá como el interés particular se ha esmerado para que todo concurra al objeto que se trata de alcanzar. La forma regular de la culata permite apuntar con facilidad y rapidez; el fiador, siempre suave, no obliga á tirar de una manera forzada, ni á desviar el cañon, por consecuencia, de su verdadera línea; luego se ha hecho cuánto es posible para que la línea de mira conserve toda su sencillez, que se extienda sin obstáculo de la colisa á la guía, y de la guía al blanco. Para mejor guiar el ojo, se ha trazado el principio de esa línea de mira, tan importante, en una incision abierta en la extremidad de la colisa, ó bien se ha fijado en el mismo lugar un doble guion, de modo que no es imposible apuntar perfecta y exactamente.

Podemos decir, sin engañarnos, que los aficionados á la caza poseen naturalmente mayor suma de inteligencia que los soldados, en general, y sin embargo, todo se les facilita, porque se tiene cuidado en trazarles de la manera mas clara lo que deben hacer. Sería de una gran utilidad á la precision del tiro, trazar la línea de mira de una manera mas exacta en la extremidad posterior de la colisa de todas las armas de guerra; la mayor parte de los soldados, al apuntar, desvían esta línea desde el pun-

to de su nacimiento en la colisa. ¿Por qué admirarse, pues, si pierden la puntería?

Regla general: es necesario que en la práctica del tiro la inteligencia del soldado trabaje cuánto ménos sea posible, y es precisamente la regla que parece se ha desconocido del todo en la fabricacion de las armas de ordenanza.

Fusiles, mosquetes, pistolas, todas las armas de ordenanza, en fin, presentan en el cañon varios obstáculos, bajo el nombre de anilletas, capuchinas, abrazaderas, etc., que son otras tantas dificultades para la inteligencia del tiro, en la mayor parte de los soldados modernos; menores, verdad es, para la infantería armada con fusiles largos, pues las armas cortas, como el mosqueton y la pistola de caballería, ofrecen mayores inconvenientes.

Los partidarios de la economía pueden muy bien decir, que todas esas piezas auxiliares, las capuchinas, las abrazaderas, etc., son necesarias á la solidez y por consecuencia á la duracion del arma; pero ¿no debiera la utilidad considerarse ántes que todo? ¿Qué importa la duracion si las balas no producen el efecto que se desea? Además, las piezas precitadas pueden conservarse casi todas, bastando modificarlas, especialmente en las armas de caballería. Podríase, por ejemplo, hendir la abrazadera en el mosquete y la pistola, ó formar un pequeño arco en el cañon, á fin de dejar á la linea de mira toda su sencillez, desde la recámara hasta la guía.

Las dificultades son tan grandes en la caballería para apuntar con exactitud, que no se debía titubear en dar á los mosquetones y á las pistolas todas las ventajas apetecibles; todas las condiciones necesarias para asegurar la precision; pues si hay razon para quejarse del

tiro de la infantería, no parece razonable que el de la caballería se tenga en poco.

Las razones que acaban de enunciarse debían bastar para armar á toda la caballería con la pistola y el mosqueton modernos. Téngase presente, que cuando á caballo se lleva el arma con el cañon hácia abajo, el movimiento del animal hace que las balas resbalen en direccion de la boca, de manera que, como en muchos casos se ha observado, el dragon dispara una carga sin proyectil, comprometiendo sériamente su existencia. Al contrario con las balas forzadas del sistema rayado, el soldado puede contar con la garantía de las buenas condiciones de la carga.

Al tratar de las modificaciones y de las reformas aplicables á las armas de fuego, conviene hablar de un procedimiento que, conocido ya de los aficionados á la caza, puede ser de una gran utilidad á las tropas armadas aún con fusiles rayados de piston, puesto que una vez sofocado el tiro no es posible emplear el saca-balas, habiendo necesidad, por consiguiente, de desatornillar la colisa, lo cual en campaña no es una dificultad pequeña; este procedimiento tiene por objeto evitar que falle el tiro y remediar el mal, cuando la agujeta y los otros medios no han sido suficientes. Por muy extraño que parezca es muy seguro.

Consiste en distribuir á los soldados, para que estos la lleven en sus cartucheras, una cierta cantidad de puntillas pequeñas de madera, del mismo tamaño y el mismo grueso del tubo de la chimenea. Si la carga del fusil lleva ya tiempo de puesta, si llueve, si, en fin, se teme que falle el tiro, ó si ya ha fallado, el soldado ajusta con fuerza, en la chimenea, una de esas pequeñas astillas, sea con un objeto cualquiera, ó impeliéndola con el martillo, pero de manera que ella llene completamente la

chimenea, quedando á nivel; encima se pone la cápsula. No hay un solo ejemplo de que con este método una sola arma haya fallado por el efecto de la pólvora.

El procedimiento de que acaba de hablarse evitará á las tropas armadas con el fusil rayado de piston, el embarazo de desatornillar la colisa, y cuando el tiempo es lluvioso ó húmedo, las ventajas que resultan son inmensas. Este procedimiento disminuye considerablemente el retroceso en las armas cargadas durante un largo tiempo, y aumenta el alcance del proyectil, lo cual es fácil de explicarse. La pequeña espiga, impelida por la cápsula, conduce por la canal que ella misma traza todo el fuego de la ceba á la carga de pólvora, la cual se inflama á la vez en mayores proporciones, que por los medios ordinarios.

Sería muy útil tambien, tanto en las armas de piston, de ordenanza, como en las de caza, abrir un pequeño oido, de uno ó dos milímetros de profundidad, en el interior de la cabeza del martillo, con un diámetro exacto al de la abertura de la chimenea y en direccion de ella, de manera que el martillo, al caer, no se apoye sobre la cápsula en la direccion de la abertura de la chimenea, sino solamente en la parte de dicha cápsula que reposa sobre los bordes de la abertura, pues como las chimeneas generalmente son mas duras que los pistones, sucede con frecuencia, que despues de algunos tiros dejan una marca muy pronunciada en la cabeza del martillo, y esto da lugar á repetidos fallos, cuya causa no se conoce desde luego, y los males provienen de la pequeña elevacion de herro, aumentada en el interior de la cabeza del martillo por la marca de la chimenea, que cierra la entrada de esta al partir la cápsula. No taladrando el martillo como acaba de indicarse, cuando las cápsulas carecen de espesor suficiente, sucede muy á menudo que el choque

del piston corta toda la parte de la cápsula que cubre la abertura de la chimenea; esta parte se adhiere entónces á la extremidad de la chimenea, con tal fuerza, que es difícil arrancarla, haciendo que falle el tiro, sin que el soldado se aperciba de ello. Así pues, un simple agujero en el interior de la cabeza del martillo basta para contener los deterioros de este, hacer que desaparezcan los inconvenientes de las cápsulas demasiado delgadas, é impedir que los tiros fallen, como resultado de esas dos causas. Cuando se trata de aprovechar el fuego de las armas de ordenanza, nada de cuánto es útil se debe desechar.

Para el soldado de infantería, uno de los obstáculos mas grandes contra la precision del tiro proviene del retroceso, que hace que la culata, golpeando frecuentemente el rostro del hombre, cause que este pierda la resolucion y la confianza necesarias para apuntar bien. Resulta aún otro mal, y es: que los soldados, á ocultas de sus jefes, tratando de remediar el mal, arrojan una parte de la pólvora del cartucho, por cuyo medio obtienen la disminucion del retroceso; pero el arma pierde su alcance ordinario y la bala llega, naturalmente, muy abajo de su objeto.

Cada disparo del arma parece dar un méntis á la teoría y á todas las previsiones, pues que la cantidad de la carga, variando segun la inteligencia de cada hombre, hace variar tambien el efecto del proyectil.

Al colocar el oido del arma de fuego, tan atrás cuánto es posible, sin duda se ha hecho mucho para modificar el retroceso, pero aún eso no es lo suficiente. A fin de evitar el abuso del desperdicio de una parte de la carga, por parte de los soldados, es indispensable corregir mas eficazmente el retroceso, disminuyendo la culata, ó, mas bien, rebajándola en gran parte en el lugar que toca al

rostro. Por este medio, fácil es suprimir el efecto del retroceso, que es el que ménos soporta el soldado por el daño que le causa en la cara, pues cuando se limita al hombro, hasta cierto punto es tan llevadero, que no obliga á desperdiciar parte de la pólvora, á fin de disminuirlo.

Hay que convenir, que ante un sufrimiento tan agudo la voz de mando es inútil; en vano sería, además, una sobrevigilancia que, en muchos casos, puede ser hasta imposible; vale mas, pues, poner en práctica la siguiente regla, que los que mandan no debieran olvidar jamas *para que el deber se cumpla, es preciso hacerlo fácil.*

Se dirá, tal vez, que en varios sistemas el retroceso del arma es muy soportable; pero para bien juzgar sobre ese punto, es indispensable haber disparado un gran número de tiros: por eso es que en una línea de fuego, cuando se baten, el retroceso del arma aumenta gradual y considerablemente, por lo que, los soldados arrojan una parte de la carga, sacrificando los efectos de los proyectiles.

Crear que apoyar la mejilla sobre la culata es útil, para tirar bien, sobre todo cuando eso se hace con cierto miedo, como sucede siempre, es un error. El espesor de la culata en el punto donde se apoya, no es necesario al tiro, ni á la precision; se observa en las armas de caza, disminuidas en el lugar donde se apoya la mejilla, que el cazador no experimenta el mas mínimo embarazo, pudiendo, en consecuencia, aumentar la carga y obtener un alcance superior, sin temor al retroceso.

Por lo demás, las culatas de los mosquetones de caballería y algunas otras armas, siendo infinitamente mas pequeñas que las de los fusiles de infantería, la cuestion se reduce á la armonía y á las proporciones que se ha querido dar á estos, en cuyo caso, salvo la compensacion

del peso, no debía titubearse en sacrificar lo agradable á lo útil.

Con una culata demasiado pesada, el soldado no puede poner puntería, ni rápida ni fácilmente. La culata de los modelos antiguos era de tal modo considerable, que se necesitaba apoyar la mejilla con una cierta fuerza sobre la madera, para poder distinguir la guía y establecer la línea de mira; y cuando se quería apuntar al objeto prontamente, era seguro el golpe del rostro en el entalle de la culata, causando á veces una contusion grave. Júzguese por esto de los efectos del retroceso. Si absolutamente hay necesidad del peso de la culata, para conservar una especie de armonía en la pesantez de la arma, pesantez que sirve además para atenuar el retroceso, puédese en buena hora disminuir la culata en el lugar donde toca la mejilla, estableciendo una compensacion con el espesor del talon metálico.

Aunque los defectos del fusil de infantería, que se oponen á la precision del tiro, sean poco numerosos, se puede estar cierto, sin embargo, que mientras existan, no se podrá llegar á resultados decisivos en la instruccion práctica. Las reformas mas aplicables al arma son fáciles, y si se tiene empeño en hacer de los soldados buenos tiradores, fuerza es disponer las cosas de manera que pueda llegarse al objeto.

En seguida de las causas que perjudican los adelantos del soldado en el ejercicio del tiro, provenientes de los defectos del arma, vienen naturalmente las que se derivan de la teoría y de la práctica.

La teoría actual carece de método, porque ni es bastante elemental, ni ofrece al instructor un medio seguro de aperebir los defectos del tirador y de corregirlos.

La práctica, forzosamente limitada á un pequeño número de cartuchos, es insuficiente para crear el hábito,

sin lo cual es imposible formar un tirador. Falta absolutamente al soldado la costumbre de apuntar con rapidez y de soltar en regla, con seguridad y aplomo el fiador. En interés de esa costumbre, que es necesario arraigar, debía suprimirse, por inútil, el tiro con los cartuchos llamados de *instruccion*, que no da lugar á ninguna rectificacion, en cuyo concepto, mejor sería ejercitar á los reclutas en disparar con solo la cápsula.

Conviene muchísimo habituar á los soldados á conservar inmóvil el cañon en la direccion del objeto, en el momento que estalla el cápsul: el espacio de tiempo comprendido entre este estallido y la inflamacion de la pólvora en el interior del cañon, aunque muy corto, es siempre el momento crítico que hace desviar de su direccion el cañon, y el mas oportuno para rectificar los movimientos del cuerpo y las manos del tirador, lo cual es de una importancia inmensa.

La teoría actual, sin embargo, se desapereibe de estas instrucciones tan necesarias y, sin duda, las mas interesantes para formar diestros tiradores, pues se contenta con decir al soldado, que lo que mas importa es asegurar la culata al hombro y apuntar bien; pero omite dar al instructor el medio de ver si en efecto la puntería es exacta, de observar la falta de inmovilidad, la disposicion irregular de las manos, la facilidad de rectificar todos los defectos, en fin, haciendo que el soldado los advierta. ¿Puede bastar el blanco por sí solo para decir al soldado que ha apoyado mal el arma al hombro, que no ha apuntado bien y que no ha sabido soltar en regla el fiador?

La teoría y la práctica actuales son insuficientes al jefe de instruccion, porque no le indican la manera de juzgar del estado de la enseñanza y de los progresos de la tropa en los ejercicios del tiro, pues tienen que some-

ter su juicio á los efectos representados en la placa del blanco, los cuales no pueden ménos que desalentarlo.

Apelando á los nuevos principios que tratamos de inculcar, principios cuya aplicacion la mas importante consiste en observar de frente al tirador, indicándole el instructor, como objetivo, su ojo derecho, fácil es darse cuenta dia á dia del estado de la instruccion, á medida que se ve al soldado establecer de una manera rápida la puntería y mas exacta la línea de mira: á medida, en fin, que se le ve aproximarse más y más á la inmovilidad en el momento de soltar el fiador; y el hábito, que es una potencia que concurre en auxilio del celo del instructor y de la instruccion, comprueba diariamente los adelantos adquiridos; porque el hábito, tal como debe serlo, es la base de la nueva instruccion, que por fuerza tiene que disminuir el tiempo necesario para obtenerla.

Con la teoría y la práctica á que aludimos, los movimientos particulares del hombre, causas verdaderas de la desviacion del fusil, se aperciben fácilmente y se corrigen al instante durante el ejercicio mismo del tiro, ventaja de un valor inmenso; es un objetivo animado, que habla por sí mismo, que advierte al tirador sus defectos y le enseña la manera de remediarlos.

Es la experiencia la que nos hace afirmar estas verdades y esperamos que los que se tomen el trabajo de leer este ensayo, hallarán que hablamos con fundamento. Creemos, por lo tanto, que si se observan con firmeza por los instructores los principios que emitimos, se podrá con una gran economía de municiones, detallando por plaza 40 ó 50 tiros diarios, formar buenos tiradores en tres meses, y lograr su perfeccion ántes de un año.

*Instruccion elemental del tiro, arreglada á la nueva teoría.*—En esta interesante instruccion y en las demas análogos, deben evitarse, siempre que se pueda, las voces